

Al fin, abrieron.

De Herodes á Pilatos fué Jesús, el Apóstol de la caridad, por las calles de Jerusalén. Coronado de espinas fué. Muerta de hambre iba por las calles de Madrid una anciana hace cuarenta horas, sin que puerta alguna se abriera á las reclamaciones improrrogables de su estómago.

Entre el vía crucis del judío y el vía crucis de la anciana, dos mil años hay. A través de ellos pasa la mueca horrible que contrajo el rostro de la vieja antes de morir. Esa mueca es una ironía brutal puesta como *Inri* definitivo sobre la cruz del mártir.

«Has muerto por el triunfo de la caridad—dice esa mueca—. La caridad triunfó, tu doctrina rige; y, ya ves, en pleno reinado de la caridad, yo muero de hambre, viendo cómo todas las puertas construídas por la caridad se cierran ante mí.»

¡Pobre vieja! De uno á otro establecimiento caritativo paseó su hambre. En todos ellos, por falta de este requisito ó aquel, de una ú

otra formalidad, le dijeron: «Se prohíbe el paso», y frente á uno de ellos cayó, contraída por el último asesino calambre.

Menos mal si al perder la confianza en la caridad de aquí abajo, la conservó en el cielo de arriba.

¿Verdad que razón y sentimiento se rebelan contra el imperio de una doctrina que hace reales espectáculos como el ofrecido por esa moribunda, en pleno día, sobre las calles de Madrid paseadas por todas las harturas y por todos los lujos?

Hospitales, asilos, establecimientos de beneficencia, sociedades protectoras, amparadoras y reparadoras, nada falta en Madrid. La caridad echó su resto en tales edificios. Nada le hubiera faltado en ellos á la anciana infeliz. Sólo le faltó una cosa: entrar.

La indignación debe tener su risa, porque yo río dolorosamente evocando la escena.

Río y traigo á mi memoria las sublimes páginas del «París», de Zola, la imagen de aquel padre Froment, desengañado en Roma y en Lourdes, que aún se aferra á la caridad para no romper sus vestidos sacerdotales.

Veo á Froment inclinado sobre el montón de basura donde agoniza el obrero sexagenario; le miro alzarse con los ojos brillantes de esperanza, y le veo correr en busca de un lecho y de un mendrugo para el moribun-

do. De una á otra parte va: desde la casa del banquero omnipotente, al Congreso de los políticos; desde la severa vivienda aristocrática, al nido de la cortesana, zapateadora de príncipes y millonarios; desde el venusiano templo donde la belleza se compra, á la redacción del periódico donde el mérito se revende. A todas partes va Froment buscando la dispensa del trámite, de la fórmula, precisos á la recepción del obrero.

Al fin, la consigue. Sólo que el obrero ha muerto ya. Entonces, ante la ineficacia irrisoria de una doctrina que gobierna el mundo hace dos mil años, el sacerdote crispa sus puños é increpa al cielo grisáceo que preside el anochecer de París.

«La caridad ha hecho bancarrota—exclama Froment—. Mientras un hombre, uno sólo, puede sucumbir de abandono y de hambre, entre el lujo y la hartura, poner en la caridad la redención humana es sencillamente criminal ó francamente estúpido.»

¡Pobrecita vieja la muerta de hambre en las alegres calles de nuestro Madrid! Ni una puerta halló franca. Sólo se le abrió de par en par la del sepulcro. Indudablemente, allí habrá hecho también antesala. Sólo que la muerte puede esperar. No tiene prisa como el hambre.

¡Al fin, te abrieron puerta, desdichada mujer! ¡Al fin, decansas!... Tal vez encima de

33314

tu fosa hayan rezado una oración para prometerse en el cielo las bienaventuranzas que te faltaron en la tierra.

Tú descansas ya. Pero hay muchos hambrientos más, y las palabras de Froment siguen vibrando enérgicas y demoledoras en la atmósfera de las grandes ciudades.

«La caridad ha hecho bancarrota.» A un reinado que perpetúa la desventura humana en la tierra, asegurando dichas eternas en el cielo, debe suceder otro reinado.

El de la Justicia, que asegurando el bienestar de todos los hombres encima de la tierra, no deje á merced de la caridad el derecho á no morir de hambre.

3.800.

Allá van, acuñadas en el vapor *Heliópolis*, camino de las islas Sandwich, tres mil ochocientas criaturas humanas que quieren comer. Son la espuma del hambre española que burbujea miserias y sufrimientos y dolores en nuestro hervidero social. El *Heliópolis*, oficiando de gigantesco cucharón, ha recogido esa espuma del hambre para arrojarla en playas remotas.

Ignoro si evocando la imagen de los tres mil ochocientos fugitivos que desean vivir en su país y lo tienen que abandonar, que buscan trabajo y no encuentran quien se lo dé, voy á desatar nuevamente contra mi persona censuras, amenazas é insultos, á ser una vez más calificado de halagador de muchedumbres, de cantor de odios y de fabricante de melodramas.

Bien pudiera ser, y maldito si ello me importa.

Sentir el dolor de los miserables y, haciéndose intérprete de ese dolor, volcarlo sobre unas cuartillas y mostrárselo al público, será

lo que sea, allá cada uno con su juicio; pero es, á lo menos, una acción desinteresada.

Los miserables que navegan hacia las islas Sandwich, los miserables que naufragan en el continente español, no llevan trazas de convertirse en dispensadores de prebendas. Ninguno pagará mis *adulaciones*, como pagan la adulación los poderosos. Yo tengo un pagador solo: mi conciencia, que vive tranquila sin prostituirse para servir ideas que repugna y sin reptilizarse para babear la ajena labor.

No canta el odio quien lo contrasta y hace visible como resultante fatal del egoísmo de los unos y la desesperación de los otros.

¡Fabricar melodramas!... Si los gritos de ira, de abandono, de angustia, que las sociales injusticias provocan á diario, son melodramas, no precisa fabricarlos, se dan hechos. Ahí está vivo, representándose sobre aguas de amargura, el melodrama de esos tres mil ochocientos estómagos faltos de pan. ¡Buen melodrama, entretenidísimo melodrama, melodrama completo! Ni siquiera le falta música. Se la pone el *Heliópolis* con su bocina, el mar con su oleaje y los fugitivos con su llanto.

Tres mil ochocientos trabajadores españoles abandonan su patria, buscando en lugares desconocidos el pan, el hogar y el salario que su patria les niega.

Antiguamente el hambre, la necesidad de

comer, empujaba á los pueblos bárbaros sobre los pueblos civilizados. Hoy la invasión ocurre á la inversa. Millares y millares de criaturas, sintiendo los impulsos del hambre, abandonan los pueblos civilizados para caer sobre los pueblos bárbaros.

Y es que antiguamente era la pobreza del terreno, el exceso de pobladores, las brutalidades de la guerra y de la conquista, quienes daban el empujón; hoy son el egoísmo social, el ansia de acaparamiento, de poseer, de despotizar uno solo lo que debiera ser de muchos, lo que determinan estas invasiones á la inversa. Antes los invasores llevaban la esperanza de tropezar con tierras más fértiles, con más dulces costumbres, con menos ingratos oficios; hoy saben que han de tropezarse con tierras incultas, con costumbres feroces, con personas duras y crueles.

Sin embargo, van. Van porque en las tierras incultas, en los pueblos semisalvajes, en el desempeño de faenas terribles, brilla para ellos la esperanza de poder vivir; en la patria europea, en el terreno fértil, en la urbe culta, sólo hay un porvenir para ellos: morir de hambre.

Por eso huyen de España los emigrantes del *Heliópolis*; por eso han huído antes millares y millares de ciudadanos españoles; por eso huyen también de otros países. ¿Es ello melo-

drama? Pues vale la pena de seguir atentamente la representación y de prevenir el desenlace.

Los que emigran, los que huyen de la patria en que no hallan trabajo, son los románticos del hambre: traspasan con la desesperación el Océano amargo, el espacio azul, hacen de un *blanquero* arca de salvación, y van soñando felicidades hacia tierras ignotas, como se va soñando en el cielo á la muerte.

Pero no se van todos. Muchos quedan en las ciudades, en los campos, en las orillas del mar, en los subsuelos de la mina, frente á las cerradas puertas de los talleres y las fábricas. Muchos quedan, y esos muchos componen enjambre, y de ese enjambre brota un eco sordo de ira, de odio, de desesperación.

Esto en las sociedades modernas es un hecho, y los hechos, son. Negarlos es inútil; querer ocultarlos, imbécil; cerrar los ojos para no verlos, suicida y cobarde. Los hechos se estudian, se miran cara á cara y se afrontan.

Indagando el porqué de esos hechos, llegando á su entraña, investigando la razón de que ocurran y buscando remedio para que no ocurran, suavizando el presente y preparando el futuro, es como esos hechos, donde gruñe el egoísmo de los unos y ruge el odio de los otros, deben ser afrontados y podrían ser evitados.

De ahí que resulte más humana, más fraternal, más *conservadora* y menos peligrosa la tarea de quienes sacan tales hechos á la superficie y los presentan con toda su horrible desnudez, que la tarea de quienes, cobardes y egoístas, cierran los ojos para no ver y se tapan las orejas para no oír.

Los unos dicen: «Aquí está el peligro. Busquemos forma de evitarlo.» Los otros dicen: «Volveos de espalda; no miréis. ¡Habrá estúpidos!

¿Es que se pueden cerrar los ojos ante los 3.800 fugitivos del vapor *Heliópolis*? ¿Es que hay tapones suficientes á que no penetre en los oídos el eco de la protesta social que en todas partes repercute?

De varones fuertes y honrados es dar la cara al peligro.

Antiguamente los pueblos bárbaros invadían á impulsos del hambre á los pueblos civilizados. Ahora el hambre empuja la invasión desde los pueblos civilizados á los bárbaros. Evitemos que la invasión ocurra sin que los invasores vengan de afuera, como antiguamente y sin dirigirse hacia fuera, como han hecho los emigrantes del *Heliópolis*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año: 1925 MONTERREY, MEXICO
4

Al aire libre.

Hay en el Retiro, á espaldas del Paseo de Coches, un sitio no reglamentado aún por los azadones municipales.

Más bosque que jardín, erízase todo él en pinos y almendros, y desciende, formando cuestras agrias, hacia los restos del antiguo tapial. Rosales silvestres vuelven los claros laberinto; musgos terciopelosos alfombran la tierra; pedruscos esparcidos sin orden ofician de asientos; un arroyo canturrea por entre céspedes, Palomas, escapadas al tiro de pichón, sacuden de tiempo en tiempo el aire con sus alas temblonas.

Desde esta altura, especie de cabo que agujerea el horizonte, se descubre un panorama encantador.

Los árboles se abren á un lado y otro de la altura como si fueran cortinajes. El natural balcón, suspendido sobre el espacio, brinda á los ojos el remate del caserío madrileño que se extiende en la dirección de Vallecas. El tono encarnado de las tejas torna, con la distancia, manchazo de sangre el caserío, ola roja donde la fábricas cabecean, luciendo sus chimeneas empenachadas de humo.

Por derecha é izquierda de los edificios va desarrollándose la campiña en franjas grisáceas y verdes. Una cadena de montículos corta al fondo el paisaje; un sonar de clarines lo alegra. El cielo lo envuelve con sus transparencias azules; el sol lo acaudala con la joyería de sus rayos; el aire, lleno de esencias montaraces, lo perfuma.

Los edificios que entre el caserío sobresalen no están rematados por campanarios, sino por chimeneas; son fábricas y no conventos. Parece que vive uno fuera de Madrid y de España.

Para mayor encanto suyo, es poco frecuentado este sitio. Pintores, caja de bocetos en mano, lo visitan y á veces lo copian. Individuos silenciosos se recuestan contra los pedruscos y lapicean en cuartillas; otros pasan monologando; algunos releendo libros.

En los claros hay viejos que toman el sol; por los boscajes van los enamorados, buscadores de la soledad y la sombra. Grupos infantiles suben y corren y ruedan por las cuestas. Los padres miran el juego de estos niños, celebrando á franco reír sus travesuras.

El anticipo primaveral de estos últimos días embellece más aún este delicioso paraje.

Los almendros abren sus florecillas de hojas niveas y bermejo botón; los rosales esbozan capullos en sus ramas; el césped se rejuvenece y se esmalta con florecillas de oro; el humo de

las fábricas es, al beso del sol, lluvia de ópalo; no hay bajo el cielo nubes. Los clarines, con sus notas guerreras, nos dicen que la vida es lucha. Los pájaros les contestan con sus trinos diciendo que la vida es amor.

¡Luchar para vivir y amar para poder luchar!... Tal vez estas palabras son la historia entera del hombre.

Yo las repito y las comento con el cuerpo caído contra el césped y los ojos en el espacio. Las repito mientras busca el sol su occidente y un vientecillo suave trae á mi olfato los perfumes del almendral.

Cerca suenan voces, gritos alegres, palmoteos y exclamaciones de entusiasmo.

¿A qué se deben?

Abandono mi asiento y acudo al reclamo de las voces.

Es próximo á las tapias donde el vocerío resuena. Provócalo una treintena de mozuelos que hacen ejercicios gimnásticos en una plazoleta acolchonada con estiércol.

Allí van á pudrirse las cosas muertas que repugna el Retiro. Cada una de ellas fué algo con fisonomía personal. Hoja, rama, hierba, matojo, flor, papel escrito ó papel impreso, tuvo forma, vivió por sí: *fué*. Ahora todo está revuelto, mezclado, convertido en pasta amarillosa, en amasijo blando sobre el cual cae el sol y zumban los insectos.

Del estercolero hacen gimnasio treinta ó cuarenta mozalbetes. Sobre él ensayan saltos y atléticas suertes, con la esperanza puesta en un circo, en unas mallas color carne y en un traje de punto.

A la presente visten mal. Lucen más rotos que bordados en sus camisetitas, más remiendos que lentejuelas en sus pantalones, más mugre que sortijas en sus manos y más roña que seda en sus pies desnudos. ¿Casa? Es posible que no la tengan. ¿Caudales? Cuando hacen del estercolero gimnasio, no deben tener muchos. ¡Qué importa! Son jóvenes y fuertes. La juventud ríe en sus bocas y resplandece en sus pupilas; la fuerza gallardea en sus músculos recios y en sus ágiles actitudes.

Sucios, rotos, manchados de polvo y estiércol, hacen su aprendizaje, desconyuntan sus huesos, violentan sus tendones, martirizan sus nervios para conquistar un mundo mejor, un mundo circular iluminado por luces eléctricas y vivido por espectadores entusiastas. Mundo de trapecios y anillas, de alambres y de trampolines, de barrotes y pesas, de caballos en libertad y barras en prisión; mundo en el cual ellos, los mozalbetes, serán dioses que ofrezcan á la adoración de sus fieles biceps enormes, pechos irrompibles, torsos herculianos y remos de cíclope...

Cada uno de ellos sueña con ser uno de esos

dioses, uno de esos déspotas de la pista que las multitudes adoran.

Sueñan y pelean por el porvenir. Sueñan y acarician ideales de conquista y de gloria.

El pintor que pasa, caja de bocetos en mano, por el oculto rincón del Retiro, pone la realización de sus ideales en sus pinceles; el emborrador de cuartillas, en sus borrones; el filósofo, en sus monólogos; los enamorados, en sus besos... Cada uno de los saltadores los pone en la vigorosa complexión de su carne.

Los pone, y espera que, una vez el ideal realizado, riquezas, bienestares, amor de mujeres hermosas serán botín fácil, pródigo tributo á sus varoniles proezas.

¡Las mujeres ricas y hermosas! Tal vez piensa en el disfrute suyo aquel mozo de tez obscura, que contrae sus piernas de acero preparando doble salto mortal.

Y, ¡quién sabe!... ¡quién sabe si, andando los años, aquel capullo de señorita que pone en él los ojos, aquella muchacha de ojos claros y reír loco, premiará con los amores suyos no al pintorcillo que imagina grandiosos cuadros, no al poeta novel que emborriona cuartillas, no al filósofo en germinación que monologa, sino al otro, al gimnasta, al que hoy tiene por circo un montón de estiércol sobre el cual brilla el sol y zumban las moscas.

La muerte y su hija.

Suelen posar en el «Lyon d'Or», inmediatas á una ventana, á mano izquierda, según se entra al café.

Constituyen original pareja. Separadas, tal vez pasen inadvertidas. Su originalidad está en el conjunto, en la unión de las dos imágenes. Sumadas, tocando hombro con hombro, componen un símbolo.

Suponed una viejecilla enlutada, reseca sobre su esqueleto, que apunta, en guisa de romperlos, por todos los pliegues del manto; poned junto á ella una hembra joven, de carne opulenta, que se reprieta contra las sedas del vestido, y tendréis, en bloque, este grupo.

Pero no basta verlo en bloque; hay que acercarse á él y metérselo por los ojos, para recibir la impresión, para sufrir plenamente el trallazo de aquel contraste, la bravura de aquella talla hecha en carne viva, la ironía demoníaca de aquel ambulante «capricho».

Por su oficio, cosa ninguna extraordinaria son las mujeres. La vieja vive de tercerías; la joven, poniendo su hermosura á jornal.

Pero la vieja, esta vieja, junto á la joven, y la joven, adosándose, estoy por decir engarfiándose á la osamente de la vieja, dibujan una visión tan agria, provocan una sensación tan punzante, que Goya mismo no la supera en sus aguafuertes.

La vieja es estupenda. ¿Verdad, Villaespesa, que conmigo la contemplabas, ha dos anocheches, desde una mesa del «Lyon»?

Estaba sola cuando entramos. Reclinada contra el diván, inmóvil, envuelta en el manto raído, que le llegaba hasta los pies, no era una vieja en la antesala de la muerte. Era la Muerte en un minuto de descanso. Su guadaña debía estar oculta en cualquiera parte, detrás de ella, entre la funda del diván.

Sus manos ociosas se cruzaban sobre el manto, engarfiadas, faltas de carne, mostrando sus huesos, uno á uno, bajo el pergamino de la piel. No precisaba tactearlas para sentir su frialdad y apreciar su dureza.

La calavera resaltaba en el merino de los lutos como en un paño fúnebre. También aparecía hipócritamente cubierta por la piel, por el mosaico de rayas que componía aquella piel, tirante en los pómulos; sumida en los ajustes de la boca; lijosa en la barba, vuelta hacia arriba, como un gancho; recogida en el encaje, para lucir su orfandad y su lividez; apabellonada junto á las órbitas, para volverlas más pro-

fundas. Allá, muy adentro de aquellas cuencas, iban y venían, bizcando, reluciendo con fatua luz, dos pupilas minúsculas: eran como dos cuentas de azabache bailando en dos canutos. Por coquetería macabra, la Muerte se había puesto gafas. A caballo iban sobre el cartílago nasal.

No; aquello no podía ser un cacho de vejez humana caído contra un diván. Bastaba mirarlo para comprender que había rebasado todas las edades posibles. Era la Muerte, ó, por lo menos, una de sus damas de honor, libre de servicio, que se aprovechaba de la huelga para salir de la Necrópolis á tomar el «vermut».

¿A quién esperaba en el café la segadora de la Vida?

A la Vida.

La Vida entró por la puerta, que enjovecían los eléctricos rayos.

Ceñida estaba por airoso traje de seda, pregonero crujiente de la carne que se estremecía bajo él. Un sombrerote, con airón de rizadas plumas, daba sombra al trigüeño rostro, donde relucían dos ojos valencianos y sonreía una boca de labios gruesos. El sombrerote se remañaba por detrás, para descubrir la azulosa mata de pelo y los ricillos lúbricos encrespados contra la nuca.

Pasó la hembra por frente de nosotros cimbreando el busto sobre la cintura gentil, co-

lumpiando el recio caderaje, abanicándose con la diestra mano, retorciendo con la siniestra los cordones de un estrepitoso bolsón.

Todos los hombres estiramos los cuellos al atisbo de la mujer. Esta, impávida, prosiguió su viaje triunfal y tomó asiento al lado de la vieja.

El contraste surgió de golpe; el cuadro se compuso, se realizó en una sola pincelada, en un brochazo único.

Eran la Muerte y su hija.

La joven, por estar nosotros más cerca, por ser nosotros sus más próximos parroquianos, volvió hacia nosotros sus ojos y nos brindó gratis, como anticipo ó como anzuelo, el don de su sonrisa.

La Muerte salió de su inmovilidad para apuntar á su hija algunas frases, algunos consejos, útiles al buen resultado de la conversación que con nosotros mantenía.

Hablaba yo maquinalmente, sin enterarme de las respuestas y preguntas. Mi alma entera estaba, no en el dibujo de la prodigiosa agua fuerte que me regalaba el azar; iba á su fondo, á su medula, á su substancia, al símbolo que encarnaban las dos imágenes.

El símbolo, elevando, espiritualizando sus figuras representativas, era sencillamente hermoso:

La Muerte ofrendando la Vida. La Vida saliendo por entre los huesos de la Muerte, como una flor inmarchitable, como una rosa eterna, para abrirse á todos los vientos y meter en ellos su perfume.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edn. 1625 MONTERREY, MEXICO